

¡LOCALIZADOS!

ISAAC ASIMOV

Al igual que las otras tres que se perseguían mutuamente en órbita alrededor de la Tierra, Computadora Dos era mucho más grande de lo que debía ser.

Podría haber tenido una décima parte de su diámetro y con todo contener el volumen que precisaba para almacenar los datos acumulados y por acumular que permitían controlar la totalidad de los vuelos espaciales.

Sin embargo, necesitaban el espacio extra, para que Joe y yo pudiéramos meternos dentro si nos hacía falta. Y nos hacía falta.

Computadora Dos era perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Es decir, normalmente. Resolvía cualquier problema tres veces en circuitos paralelos, y los tres programas debían encajar perfectamente; las tres respuestas debían coincidir. Si no era así, la respuesta se retrasaba unos nanosegundos mientras Computadora Dos hacía la comprobación, encontraba la parte que funcionaba mal y la reemplazaba.

No existía medio seguro que permitiera a la gente ordinaria saber cuántas veces se corregía Computadora Dos. Quizá nunca. Quizá dos veces diarias. Sólo Computadora Central sabía cuántos recambios de componentes habían sido usados como sustitutos. Y Computadora Central jamás hablaba de ello. La única imagen pública de utilidad es la perfección.

Y esa perfección había existido. Hasta entonces, nunca se había producido una sola llamada para nosotros, para Joe y yo.

Somos los reparadores. Subimos allí cuando algo va realmente mal, cuando Computadora Dos o alguna de las otras no pueden corregirse. Eso jamás había sucedido en los cinco años que llevábamos en el empleo. Ocurrió de vez en cuando en los primeros tiempos, pero fue antes de nuestra época.

Nos manteníamos bien entrenados, no me interpreten mal. No hay una sola computadora a la que Joe y yo no seamos capaces de hacer un diagnóstico. Muéstrannos el error y nosotros les mostraremos la avería. O lo hará Joe, da lo mismo. No soy de esas que cantan sus alabanzas. El expediente habla por sí solo.

Sea como fuere, en esta ocasión ninguno de los dos lograba hacer el diagnóstico.

Lo primero que sucedió fue que Computadora Dos perdía presión interna. No es un fallo sin precedentes y, ciertamente, tampoco es fatal. Al fin y al cabo, Computadora Dos puede trabajar en el vacío. La atmósfera interna se estableció en los viejos tiempos, cuando se esperaba que habría un flujo constante de reparadores que manosearían la máquina. Y se ha conservado por pura tradición. ¿Quién dice que los científicos no están atados a la tradición? Cuando no hacen de científicos, también son humanos.

Partiendo del ritmo de la pérdida de presión se dedujo que un meteorito del tamaño de un guijarro había alcanzado a Computadora Dos. El radio, masa y energía exactos fueron dados a conocer por la misma Computadora Dos, utilizando como datos el ritmo de la pérdida de presión, y algunas otras irregularidades.

Lo segundo que sucedió fue que la brecha no se cerró y por consiguiente la atmósfera no se regeneró. Después se produjeron errores, y nos llamaron.

Era absurdo. Joe dejó que un gesto de pesar recorriera sus ordinarias facciones y dijo:

—Debe haber un montón de cosas averiadas.

—Es muy probable que el trozo de roca rebotara —dijo alguien en Computadora Central.

—Con esa energía de entrada —observó Joe—, habría salido directamente por el otro lado. Nada de rebotes. Además, incluso con rebotes, tendría que haber recibido golpes muy improbables.

—Bien, ¿qué hacemos, entonces?

Joe estaba incómodo. Creo que fue en ese momento cuando empezó a intuir lo que se aproximaba. Había logrado que el caso sonara lo bastante raro como para requerir la presencia de los reparadores en el lugar..., y Joe jamás había estado en el espacio. Joe no me había dicho una sola vez que su principal motivo para aceptar el empleo era que confiaba en no tener que subir al espacio; me lo había dicho 2^x veces, siendo x un número bastante alto.

Así que tuve que decirlo por él.

—Tendremos que subir ahí arriba —expuse.

La única salida de Joe habría consistido en afirmar que no creía poder ocuparse de la tarea; sin embargo, vi que su orgullo iba sacándole ventaja poco a poco a su cobardía. No mucha ventaja, claro. Digamos que ganó por un pelo.

Para los que no hayan estado en una nave espacial en los últimos quince años —y supongo que es imposible que Joe sea el único—, permítanme subrayar que la aceleración inicial constituye el único detalle fastidioso. Y no puedes librarte de eso, por supuesto.

Después no ocurre nada, a menos que se quiera tener en cuenta el posible aburrimiento. Eres un simple espectador. Todo el conjunto está automatizado y controlado por computadora. Los viejos y románticos días de los pilotos han desaparecido por completo. Supongo que volverán brevemente cuando nuestras colonias espaciales se trasladen al cinturón de asteroides, como en todo momento amenazan con hacer..., pero será tan sólo hasta que nuevas computadoras sean puestas en órbita para hacerse cargo de la capacidad adicional precisa.

Joe contuvo la respiración durante la aceleración, o al menos dio la impresión de hacerlo. (Debo admitir que yo misma no me encontraba muy a gusto. Sólo era mi tercer viaje. Había pasado un par de vacaciones en Colonia Ro acompañada de mi marido, pero no puede decirse que fuera una mujer curtida.) Después Joe se tranquilizó un rato, pero sólo un rato. Luego empezó a desanimarse.

—Confío en que este trasto sepa adónde va —dijo, con aire de irritación.

Extendí las manos, con las palmas hacia arriba, y sentí que el resto de mi cuerpo oscilaba un poco hacia atrás en el campo de gravedad nula.

—Eres un especialista en computadoras —comenté—. ¿Dudas acaso que sepa adónde va?

—No, claro, pero Computadora Dos está fuera de servicio.

—No estamos conectados a Computadora Dos —expliqué—. Hay otras tres. Y aunque sólo quedara una en funcionamiento, sería capaz de ocuparse de todos los viajes espaciales de un día normal.

—Las cuatro podrían quedar fuera de servicio. Si Computadora Dos falla, ¿por qué no las demás?

—En ese caso controlaremos la nave manualmente.

—Lo harás tú, supongo. ¿Sabes cómo? Creo que no.

—Bueno, ya me lo dirán ellos.

—¡Por el amor de Eniac! —gruñó Joe.

En realidad no hubo problemas. Avanzamos hacia Computadora Dos con la misma fluidez del vacío y, menos de dos días después del despegue, fuimos colocados en una órbita de estacionamiento a menos de diez metros de la parte trasera.

Lo que no resultó tan grato fue que, a las veinte horas de haber partido, recibimos la noticia procedente de la Tierra informando que Computadora Tres estaba perdiendo presión interna. La falla de Computadora Dos iba a extenderse al resto, y cuando las cuatro máquinas quedaran fuera de

servicio, el vuelo espacial quedaría frenado. Era posible reorganizarlo sobre una base manual, sí, pero eso llevaría meses como mínimo, tal vez años, y se produciría un grave trastorno económico en la Tierra. Pero, lo que era aún más importante, probablemente morirían varios miles de personas que se encontrarán en el espacio.

No servía de nada pensar en eso, y ni Joe ni yo hablamos del asunto, pero el humor de Joe no mejoró y, digamos la verdad, eso no me hizo nada feliz.

La Tierra flotaba a doscientos mil kilómetros por debajo de nosotros, aunque a Joe no le inquietaba el detalle. Estaba concentrado en su correa y comprobando su pistola de reacción. Deseaba asegurarse que podría llegar a Computadora Dos y regresar.

Les sorprendería comprobar la habilidad de sus piernas espaciales —si es que no lo han hecho nunca— cuando no les queda más remedio que moverse. No me atrevería a decir que lo hicimos inigualmente; de hecho, desperdiciamos la mitad del combustible que usamos, pero por fin llegamos a Computadora Dos. Apenas notamos un golpe al tocar Computadora Dos. (Por supuesto, el ruido se oye incluso en el vacío, porque la vibración atraviesa el tejido metálico de tu traje espacial; pero apenas hubo un golpe, sólo un murmullo.)

Como es de suponer, nuestro contacto y la adición de nuestro impulso alteró ligeramente la órbita de Computadora Dos, aunque un pequeño gasto de combustible compensó el hecho y no tuvimos que preocuparnos por eso. Computadora Dos se encargó del problema, ya que, por lo que sabíamos, ninguna de sus averías había afectado su funcionamiento externo.

Primero acometimos la parte exterior, naturalmente. La posibilidad que un pequeño fragmento de roca hubiera atravesado como un proyectil a Computadora Dos, y dejado un agujero inconfundible, era bastante abrumadora. Dos agujeros, probablemente: uno al entrar y otro al salir.

La posibilidad que tal cosa suceda es de una entre dos millones en un día dado, lo que significa que sucederá al menos una vez en seis mil años. No es probable, pero sí posible, ¿comprenden? La probabilidad que la máquina sea alcanzada por un meteorito bastante grande como para destruirla es de una entre diez mil millones por día.

No mencioné estos datos porque Joe podía darse cuenta que también nosotros estábamos expuestos a probabilidades similares. De hecho, cualquier impacto que recibiéramos haría mucho más daño a nuestros delicados y tiernos organismos que a la estoica y superresistente maquinaria de la computadora, y yo no quería que Joe se pusiera más nervioso de lo que estaba.

La cuestión es que, pese a todo, no se trataba de un meteorito.

—¿Qué es esto? —preguntó al fin Joe.

Era un pequeño cilindro pegado a la pared externa de Computadora Dos, la primera anomalía que habíamos descubierto en su apariencia exterior. Tenía medio centímetro de diámetro y quizá seis de largo. Casi como un cigarrillo, para los que hayan caído en la antigua mala manía de fumar.

Sacamos nuestras linternas.

—No es uno de los componentes externos —dije.

—Seguro que no —murmuró Joe.

Había una débil marca en espiral que recorría el cilindro de una punta a otra. Nada más. Por lo demás, era de metal, aunque de composición granulosa, muy rara..., al menos a la vista.

—No está muy pegado —dijo Joe.

Lo tocó suavemente con un dedo grueso y enguantado y el cilindro cedió. Empezó a alzarse de donde había hecho contacto con la superficie de Computadora Dos, y nuestras linternas iluminaron un boquete visible.

—He ahí el motivo por el que la presión interna cayera a cero —dije.

Joe gruñó. Apretó un poco más, y el cilindro saltó y empezó a irse flotando. Logramos atraparlo con cierto esfuerzo. Tras de sí había dejado un agujero perfectamente circular en la superficie de Computadora Dos, con un diámetro de medio centímetro.

—Este objeto, lo que sea, no es mucho más que hojalata.

El cilindro, delgado pero elástico, cedía fácilmente bajo los dedos de Joe. Un poco más de presión y se abolló. Joe se metió el objeto en el bolsillo y cerró éste rápidamente.

—Recorre la parte exterior y comprueba si hay más cosas de estas. Yo iré adentro —dijo.

No tardé mucho. Luego entré en la computadora.

—Todo en orden —expliqué—. Este es el único que hay. El único agujero.

—Con uno basta—contestó sombríamente Joe. Contempló el liso aluminio de la pared; a la luz de la linterna, el perfecto círculo de negrura resultaba maravillosamente evidente.

No fue difícil poner un precinto en el agujero. Reconstituir la atmósfera resultó algo más difícil. Las reservas de los materiales que Computadora Dos tenía para formar gas eran escasas y los controles requerían un ajuste manual. El generador solar fallaba, pero nos las arreglamos para encender las luces.

Finalmente, nos quitamos los guantes protectores y el casco, no sin que Joe colocara los primeros dentro del segundo y asegurara el conjunto a uno de los lazos de su traje.

—Quiero tenerlos a mano si la presión empieza a caer —dijo agriamente.

De modo que yo hice lo mismo.

Había una señal en la pared, justo junto al boquete. Yo la había visto a la luz de la linterna cuando estaba ajustando el precinto. Al encenderse las luces, la marca quedó bien patente.

—¿Has visto eso, Joe? —pregunté.

—Lo he visto.

Había una depresión sutil y muy poco profunda en la pared, no muy visible, pero no había duda de su existencia si se pasaba el dedo por encima. Se observaba en una extensión de casi un metro. Era como si alguien hubiera arrancado una finísima capa de metal, de manera que la superficie quedaba claramente menos lisa que en otros puntos.

—Será mejor que llamemos a Computadora Central desde abajo.

—Si te refieres a cuando volvamos a la Tierra, de acuerdo —contestó Joe—. Me disgusta esa farsa de la conversación espacial. La verdad es que me disgusta todo lo relacionado con el espacio. Por eso acepté un empleo en la parte terrestre..., o sea, un empleo en la Tierra; al menos se suponía que lo era.

—Será mejor que llamemos a Computadora Central cuando volvamos a la Tierra —dije pacientemente—.

—¿Para qué?

—Para decirles que hemos localizado el fallo.

—¿Ah, sí? ¿Qué hemos localizado?

—El agujero. ¿No lo recuerdas?

—Pues sí, lo recuerdo. ¿Y qué produjo el agujero? No fue un meteorito. Nunca vi uno que dejara un boquete perfectamente circular, sin señales de pandeo o fusión. Y menos que dejara un cilindro. —Sacó el objeto del bolsillo de su traje y alisó la abolladura, con aire pensativo—. Bien, ¿qué produjo el agujero?

—No lo sé —repliqué sin dudar.

—Si informamos a Computadora Central, harán las preguntas, contestaremos «No lo sé», y, ¿qué habremos ganado aparte de un lío?

—Ellos nos llamarán, Joe, si nosotros no los llamamos a ellos.

—Claro. Y nosotros no responderemos.

—Supondrán que hemos muerto y enviarán un grupo de rescate.

—Ya conoces a Computadora Central. Les costará dos días decidirse. Tendremos algo para entonces, y en cuanto lo tengamos llamaremos.

La estructura interna de Computadora Dos no estaba diseñada realmente para ocupación humana. Estaba prevista la presencia ocasional y temporal de reparadores. Eso significaba que había espacio para maniobrar, y también herramientas y recambios.

Pero no había un solo sillón. Por lo demás, tampoco existía campo gravitatorio o una imitación centrífuga.

Los dos flotábamos, bamboleándonos lentamente hacia un lado u otro. De vez en cuando, uno tocaba la pared y rebotaba con suavidad. O una parte de uno se superponía a una parte del otro.

—Saca el pie de mi boca —dijo Joe, y lo apartó violentamente.

Fue un error, porque los dos nos pusimos a girar. Naturalmente, no fue esa la impresión que tuvimos. Para nosotros, era el interior de Computadora Dos el que giraba, cosa muy desagradable, y nos costó un buen rato quedar relativamente inmóviles de nuevo.

Teníamos la teoría perfectamente desarrollada en nuestro entrenamiento en casa, pero estábamos escasos de práctica. Muy escasos.

Cuando logramos estabilizarnos, sentí unas molestas náuseas. Llámelo náuseas, astronáuseas o enfermedad del espacio, pero de todas formas son náuseas, y son peores en el espacio que en cualquier otro lugar, porque no hay nada para recoger los vómitos. Flotan alrededor en una nube de glóbulos, y no apetece seguir flotando cerca de ellos. Así que me contuve. Igual que Joe.

—Joe, está claro que la computadora falla. Examinemos sus entrañas.

Cualquier cosa para no pensar en *mis* entrañas y dejarlas en paz. Además, las cosas no iban demasiado de prisa. Yo seguía pensando en Computadora Tres camino del fallo total; quizá la Uno y la Cuatro estuvieran ya igual. Y había miles de personas en el espacio con la vida pendiente de lo que nosotros hiciéramos.

Joe también tenía la tez algo verdosa.

—Primero tengo que pensar —dijo—. Algo se metió dentro. No fue un meteorito, porque ha levantado un buen agujero en el casco. Y no se trata de un corte, porque no he encontrado un solo fragmento de metal en el interior. ¿Y tú?

—No. Pero no se me ha ocurrido buscarlo.

—A mí sí, y no hay nada por aquí.

—Puede haber caído al exterior.

—¿Con el cilindro tapando el agujero hasta que yo lo quité? Muy prometedor. ¿Has visto algo que saliera volando?

—No.

—Aún es posible que lo encontremos aquí, claro, pero lo dudo. La pared se disolvió de alguna forma, y algo entró.

—¿El qué? ¿Por qué?

La sonrisa de Joe fue notablemente maliciosa.

—¿Por qué quieres formular preguntas que no tienen respuesta? Si estuviéramos en el siglo pasado, yo diría que los rusos se las han arreglado para pegar ese dispositivo afuera... No te ofendas. Si estuviéramos en el siglo pasado, tú dirías que habían sido los estadounidenses.

Decidí ofenderme.

—Estamos tratando de llegar a algo que tenga sentido en este siglo, Iosif —dijo fríamente, con exagerado acento ruso.

—Tendremos que suponer que ha sido cierto grupo disidente.

—Si es así —repliqué—, tendremos que pensar en un grupo con capacidad para el vuelo espacial y con pericia para inventar un mecanismo poco común.

—El vuelo espacial no ofrece dificultades, si puedes intervenir ilegalmente en las computadoras en órbita..., cosa que ha sido hecha. En cuanto al cilindro, tal vez sea menos absurdo cuando sea analizado en la Tierra..., abajo, como dirían los entusiastas del espacio.

—No tiene lógica —apunté—. ¿Por qué tratar de incapacitar a Computadora Dos?

—Como parte de un programa para incapacitar el vuelo espacial.

—En ese caso, todo el mundo sufrirá las consecuencias. También los disidentes.

—Pero llama la atención de todo el mundo, ¿verdad?, y de repente la causa de quienquiera que sea se hace famosa. O el plan consiste simplemente en dejar fuera de combate a Computadora Dos y luego amenazar con hacer lo mismo con las otras tres. Ningún daño serio, pero infinidad de daño en potencia, y montones de publicidad.

Joe estaba examinando atentamente todas las partes del interior, repasándolo centímetro cuadrado a centímetro cuadrado.

—Podríamos suponer que el objeto no es de origen humano.

—No seas loco.

—¿Quieres que te dé mi opinión? El cilindro hizo contacto, después de lo cual algo de su interior comió un círculo de metal y penetró en Computadora Dos. Se arrastró por la pared interior, devorando una delgada capa metálica por alguna razón. ¿Te suena eso a algo de construcción humana?

—No que yo sepa, pero no lo sé todo. Ni siquiera tú lo sabes todo.

Joe ignoró mi comentario.

—Así que la cuestión es: ¿cómo logró esa cosa, lo que fuera, entrar en la computadora, que al fin y al cabo está razonablemente bien cerrada? Lo hizo con mucha rapidez, ya que anuló los dispositivos de reparación y regeneración de presión casi al instante.

—¿Es eso lo que buscas? —dije, señalando.

Joe trató de pararse demasiado rápidamente y dio un salto mortal hacia atrás, mientras gritaba:

—¡Eso es! ¡Eso es!

En su excitación, agitó brazos y piernas, cosa que no le llevaba a ninguna parte, claro está. Le agarré y durante un rato intentamos ejercer impulsos en direcciones no coordinadas, cosa que tampoco nos llevó a ninguna parte. Joe me dedicó algunos insultos, pero yo se los devolví, y en eso tenía ventaja. Comprendo el inglés a la perfección, de hecho mejor que Joe. Pero sus conocimientos de ruso son..., bueno, «fragmentarios» sería un adjetivo cortés. En un idioma que no se entiende, las malas palabras siempre resultan muy espectaculares.

—Aquí está —dijo Joe cuando finalmente nos equilibramos.

Apartó un pequeño cilindro del lugar donde el blindaje de la computadora se unía a la pared y apareció un diminuto agujero circular. El cilindro era igual que el del casco exterior, pero parecía más delgado. De hecho, pareció desintegrarse cuando Joe lo tocó.

—Será mejor que entremos en la computadora —dijo Joe.

La computadora era una confusión.

No a primera vista. No pretendo afirmar que fuera como un madero agujereado por termitas.

En realidad, si se observaba la computadora superficialmente, podía jurarse que estaba intacta.

Mirando con atención, sin embargo, era obvio que algunas de las placas habían desaparecido. Cuanto más atentamente mirabas, más placas veías que faltaban. Por otro lado, los repuestos que Computadora Dos usaba para repararse a sí misma se habían reducido a casi nada. Seguimos observando y descubrimos que faltaban otros detalles.

Joe se volvió a sacar el cilindro del bolsillo y contempló los dos extremos.

—Sospecho que se trata de silicio de alta calidad —explicó—. No puedo asegurarlo, claro, pero creo que los lados son fundamentalmente de aluminio, y los extremos planos, de silicio.

—¿Pretendes decir que el objeto es una batería solar?

—En parte sí. Así obtiene energía en el espacio. Energía para llegar a Computadora Dos, para hacer un agujero, para..., para..., no sé cómo decirlo. Para seguir viviendo.

—¿Has dicho... viviendo?

—¿Por qué no? Mira, Computadora Dos se repara sola. Es capaz de rechazar partes defectuosas y reemplazarlas con otras que funcionen, pero necesita una provisión de repuestos para hacerlo. Con suficientes repuestos de todos los tipos, podría construir una computadora igual, siempre que se la programara adecuadamente, pero necesita de esos repuestos, así que no suponemos que vive. El objeto que penetró en Computadora Dos recoge, al parecer, sus propios suministros. Es sospechosamente parecido a algo vivo.

—Lo que estás diciendo es que tenemos aquí un microordenador tan avanzado que puede considerarse vivo —dije.

—Francamente, no sé lo que estoy diciendo.

—¿Quién, en la Tierra, sería capaz de construir algo así?

—Eso, ¿quién, en la Tierra?

Yo hice el siguiente descubrimiento. Parecía un bolígrafo rechoncho que flotaba en el aire. Sólo lo vi por el rabillo del ojo. Era un bolígrafo.

En gravedad nula las cosas escapan de los bolsillos y flotan. No hay forma de tenerlas en su sitio a menos que estén confinadas físicamente. Bolígrafos, monedas y cualquier otro objeto que encuentre una abertura es de esperar que floten hacia donde las corrientes de aire y la inercia los lleven.

De manera que mi mente registró «bolígrafo», lo busqué a tientas distraídamente y, como es lógico, mis dedos no se cerraron sobre el objeto. El simple gesto de estirar el brazo crea una corriente de aire que aleja lo que se busca. Hay que deslizar una mano por detrás y luego atrapar el objeto con la otra. Asir cualquier objeto pequeño en el aire es una maniobra a dos manos.

Me volví para mirar el objeto y presté más atención en su recuperación, antes de darme cuenta que mi bolígrafo estaba seguro en su bolsillo. Lo palpé; estaba allí.

—¿Has perdido un boli, Joe? —pregunté.

—No.

—¿Algo parecido? ¿Una llave? ¿Un cigarrillo?

—No fumo, ya lo sabes.

Una respuesta estúpida.

—¿Nada? —dije exasperada—. Estoy viendo cosas.

—Bueno, nadie dice que estés equilibrada.

—Mira, Joe. Allí. Allí.

Se abalanzó hacia el objeto. Yo podría haberle dicho que no iba a lograr gran cosa.

Para entonces nuestro fisgoneo por la computadora parecía haberlo agitado todo. Veíamos cosas en cualquier parte que mirábamos. Flotaban en las corrientes de aire.

Detuve una al final. O mejor dicho, la cosa se detuvo sola, porque estaba en el traje de Joe, a la altura del codo. La arranqué y grité. Joe dio un brinco de terror y casi me hizo perder el objeto de un manotazo.

—¡Mira! —exclamé.

Había un círculo brillante en el traje de Joe, justo donde yo había tomado el objeto. Éste había empezado a abrirse camino comiéndose el material.

—Dámelo —dijo Joe.

Lo tomó cautelosamente y lo apretó contra la pared para mantenerlo fijo. Después lo descortezó, levantando con suavidad el delgadísimo metal.

Dentro había algo que semejaba una línea de ceniza de cigarrillo. Captaba la luz y fulguraba, sin embargo, como metal ligeramente tramado.

También tenía cierta humedad. Se retorció lentamente, dando la sensación que uno de sus extremos buscaba algo a ciegas.

El extremo tomó contacto con la pared y se aferró a ella. El dedo de Joe lo apartó. Hacer tal cosa parecía requerir cierto esfuerzo. Joe se frotó el pulgar.

—Parece grasiento.

El gusano metálico —no sé de qué otro modo llamarlo— dio la impresión de estar agotado después que Joe lo tocara. No volvió a moverse.

Yo me retorció, y volvía la cabeza intentando contemplarme.

—Joe —dije—, por el amor de Dios, ¿se me ha pegado alguno?

—No veo ninguno —contestó.

—Bueno, mírame. Tienes que mirarme, Joe, y yo te miraré también. Si nuestros trajes están rotos no podemos regresar a la nave.

—En ese caso, no dejes de moverte.

¡Qué sensación tan espeluznante, estar rodeada de cosas ansiosas por disolverte el traje! Cuando aparecía alguna, intentábamos atraparla y apartarnos de su camino al mismo tiempo, por lo que la situación era casi imposible. Un objeto más bien grande se deslizó cerca de mi pierna y traté de pisarlo, lo cual fue una tontería, porque si llego a alcanzarlo tal vez se me hubiera pegado. De todos modos, la corriente de aire que ocasioné lo condujo a la pared, y allí se quedó.

Joe estiró el brazo para atrapararlo..., con demasiada rapidez. El resto de su cuerpo rebotó, mientras él daba un salto mortal y uno de sus pies golpeaba el muro cerca del cilindro. Cuando por fin Joe logró afianzarse, el objeto seguía allí.

—No lo aplasté, ¿eh?

—No, no lo hiciste —repliqué—. Has fallado por un decímetro. No se escapará.

Yo tenía una mano en cada extremo de la cosa. Era el doble de larga que el otro cilindro. En realidad era como dos cilindros unidos por la base, con un estrechamiento en el punto de unión.

—Acto de reproducción —dijo Joe mientras levantaba el metal. En esta ocasión lo que había dentro era una línea de polvo. Dos líneas. Una a cada lado de la constricción—. No cuesta mucho matarlos. —Se tranquilizó claramente—. Creo que estamos a salvo.

—Parecen vivos —dije de mala gana.

—Creo que es más que eso. Son virus..., o el equivalente.

—¿Qué estás diciendo?

—Por supuesto, soy técnico en computadoras y no virólogo..., pero tengo entendido que los virus de la Tierra, o de allí «abajo», como tú dirías, están formados por una molécula de ácido nucleico envuelta en una vaina proteica.

»Cuando un virus invade una célula, se las arregla para abrir un agujero en la membrana celular mediante el uso de cierta enzima apropiada, y el ácido nucleico se desliza al interior, dejando fuera la vaina proteica. Dentro de la célula encuentra el material para fabricarse una nueva vaina. De hecho, logra formar réplicas de sí mismo y produce una nueva vaina proteica por cada réplica. En cuanto ha despojado por completo a la célula, ésta se disuelve, y en lugar del solitario virus invasor existen varios cientos de virus hermanos. ¿Te resulta familiar?

—Sí. Muy familiar. Es lo que está ocurriendo aquí. Pero, ¿de dónde ha salido esto, Joe?

—Es obvio que ni de la Tierra ni de una colonia terrestre. De algún otro sitio, supongo. Flotan por el espacio hasta que encuentran algo apropiado que les permita multiplicarse. Buscan objetos grandes de metal elaborado. No creo que sean capaces de olfatear minerales metalíferos.

—Pero grandes objetos metálicos con componentes de silicio puro y algunos otros materiales igual de suculentos sólo son producto de una vida inteligente —opiné.

—Exacto —dijo Joe—. Lo que significa que poseemos la mejor prueba confirmando que la vida inteligente es común al Universo, ya que objetos como este satélite tienen que abundar bastante, o no podrían mantener a estos virus. Y eso también significa que la vida inteligente es antigua, quizá de diez mil millones de años, y lo suficientemente desarrollada para permitir una especie de evolución metálica, la creación de una vida metal/silicio/grasa, igual que nosotros hemos formado una vida ácido nucleico/proteínas/agua. Es tiempo suficiente para que evolucione un parásito de artefactos espaciales.

—Das a entender que siempre que una forma de vida inteligente crea una cultura espacial, no tarda en verse sometida a una infección parásita.

—Exacto. Y debe ser controlada. Por fortuna, estos seres son fáciles de matar, en especial ahora que se están formando. Posteriormente, cuando estén preparados para irse de Computadora Dos, supongo que agrandarán y espesarán sus vainas, estabilizarán el interior y se dispondrán a flotar, como un equivalente de las esporas, un millón de años antes de encontrar otro hogar. Podría no ser tan fácil matarlos en ese momento.

—¿Cómo vas a matarlos?

—Ya lo he hecho. Sólo toqué al primero, que buscaba instintivamente metal para iniciar la producción de una nueva vaina, ya que yo había roto la primera al abrirla, y ese toque lo mató. No toqué al segundo, pero di una patada a la pared en sus cercanías y la vibración del metal convirtió sus entrañas en polvo metálico. Así que no podrán hacer nada, ni a nosotros ni a lo que queda de la computadora, si hacemos que vibren..., ¡ahora mismo!

Joe no tenía más que explicar, aunque ya se había explicado demasiado, ¿no? Se puso los guantes poco a poco y golpeó la pared con una mano. Salió despedido y soltó una patada en cuanto volvió a aproximarse al muro.

—¡Haz lo mismo! —gritó.

Lo intenté, y durante un rato no descansamos. No saben lo difícil que es golpear una pared en gravedad cero; al menos hacerlo adrede y con la suficiente fuerza para que vibre. Unas veces acertábamos, otras no, o simplemente lográbamos un golpe de refilón que nos despedía dando vueltas pero que apenas producía sonido. En seguida nos encontramos jadeando por el cansancio y la irritación.

Pero nos habíamos aclimatado (al menos yo), y las náuseas no volvieron. Volvimos a la tarea y finalmente recogimos más virus. En todos los casos no había más que polvo en el interior. Era evidente que estaban adaptados a objetos espaciales vacíos y automáticos, que, como las modernas computadoras, carecían de vibración. Eso es lo que posibilitaba, supongo, el desarrollar las estructuras metálicas, sumamente raquílicas en su composición, que poseían la suficiente inestabilidad para producir las propiedades de la vida simple.

—¿Crees que hemos acabado con todos? —pregunté.

—¿Cómo puedo saberlo? Con uno solo que quede, éste devorará al resto en busca de metal y todo empezará de nuevo. Demos golpes un rato más.

Lo hicimos hasta que el cansancio hizo que nos desentendiéramos del problema de si quedaba o no alguno con vida.

—No hay duda que la Asociación Planetaria para el Avance de la Ciencia no quedará muy complacida al saber que los hemos matado a todos —dije, jadeante.

La sugerencia que hizo Joe respecto a lo que la APAC podía hacer consigo misma fue enérgica, aunque nada práctica.

—Mira —dijo—, nuestra misión es salvar Computadora Dos, unos cuantos miles de vidas y, tal como han ido las cosas, salvar también las nuestras. Ahora que decidan si quieren renovar esta computadora o construirla desde el principio. Es su bebé.

»La APAC sacará lo que pueda de estos objetos muertos, y eso ya es algo. Si quieren virus vivos, sospecho que los encontrarán flotando por esta zona.

—Muy bien. Mi sugerencia es que digamos a Computadora Central que haremos unos cuantos remiendos en esta computadora y que la obligaremos a que funcione hasta cierto punto, y que nosotros estaremos ahí hasta que llegue un equipo de reparaciones más importante, o lo que corresponda, para evitar otra infección. Mientras tanto, será mejor que vayan al resto de las computadoras y monten un sistema que las haga vibrar mucho en cuanto la atmósfera interna revele una caída de presión.

—Muy sencillo —dijo irónicamente Joe.

—Es una suerte que los encontráramos a tiempo.

—Espera un momento —dijo Joe, y de pronto su expresión era de suma gravedad—. Nosotros no los encontramos. Ellos nos encontraron a nosotros. Si la vida metálica ha evolucionado, ¿crees que es probable que esta sea su única forma?

»¿Y si estas formas de vida se comunican de algún modo y, en la inmensidad del espacio, otras se hallan ahora a punto de converger sobre nosotros en busca del botín? Y también otras especies. Todas ellas detrás del sabroso forraje de una cultura espacial todavía intacta. ¡Otras especies! Otras más vigorosas que soporten la vibración. Otras de mayor tamaño que sean más versátiles en sus reacciones ante el peligro. Otras que estén equipadas para invadir nuestras colonias en órbita. Otras, por el amor de Univac, que sean capaces de invadir la Tierra en busca de los metales de sus ciudades.

»Lo que voy a informar, lo que debo informar, ¡es que nos han localizado!

FIN

Libros Tauro